

Patrick McGrath

Grotesco



Sir Hugo Coal es un auténtico caballero inglés. Vive de renta, en una mansión de campo, con su familia y criados, y tiene un distinguido *hobby*, la paleontología. Pero desde que sufrió un ataque cerebral —en circunstancias, por cierto, harto extrañas—, *sir* Hugo no puede hablar, aunque es consciente de todo lo que sucede a su alrededor. Y a su alrededor suceden muchas cosas... *Sir* Hugo tiene ahora todo el tiempo del mundo para meditar, por ejemplo sobre las relaciones de su esposa con Fledge, el impecable mayordomo, o para intentar esclarecer la misteriosa desaparición del novio de su hija. Poco a poco, en el seno de su mismísimo y Victoriano hogar, *sir* Hugo va descubriendo sodomía, chantaje, canibalismo...

El manejo magistral de la intriga, la sátira social y el humor negro convierten Grotesco en una inolvidable comedia de horrores.

Orsolyának
(Para Orsolya)

La naturaleza es un templo en el que a veces las columnas vivientes emiten palabras confusas. El hombre se aproxima a él a través de bosques de símbolos, que lo observan con miradas familiares.

BAUDELAIRE

Durante los últimos meses he tenido mucho tiempo libre para pensar en mi primer encuentro con Fledge y en por qué me cogió una antipatía tan inmediata e intensa. Los mayordomos, a mi modo de ver, nacen y no se hacen; las cualidades de un buen mayordomo —deferencia, capacidad y una especie de servilismo dignificado— son cualidades de carácter que se dan en culturas donde ha existido una jerarquía social estable, esencialmente inalterada, durante siglos. Raras veces se encuentra un buen mayordomo en Francia, por ejemplo, y un buen mayordomo norteamericano es una contradicción por principio. Fledge no es un mayordomo innato: no es deferente por naturaleza ni naturalmente servicial. En él, a un nivel bastante profundo, creo yo, anida un furioso resentimiento por tener que hacer este trabajo. No es que sea patente en su comportamiento, pero está ahí. He advertido no solo que se sentía humillado por lo que hacía sino también que experimentaba hacia mí un fiero antagonismo por ser el instrumento de ello. Yo no me mostré particularmente comprensivo. «Si entra en mi casa en calidad de mayordomo —pensé—, lo trataré como tal». ¿Cómo iba a imaginarme hasta dónde habría de llevarlo su ambición?

Todo esto lo he reconstruido desde que estoy confinado en una silla de ruedas. Por aquel entonces solo era consciente de ciertas emanaciones procedentes de él, y recuerdo haber pensado que, aun cuando fuera poco diferente, algo «rojillo», si Harriet estaba contenta, bien podía yo soportar un poco de rencor reprimido, siempre que, naturalmente, siguiera reprimido. «Al fin y al cabo —pensé—, ¿qué trato tengo yo con él?». Me pasaba la mayor parte del

tiempo en el granero con los huesos, y cuando estaba en casa solo lo necesitaba para que me pusiera platos de comida y vasos de bebida debajo de la nariz. Que fuera rojo si quería, pensaba yo (en absoluto desinteresadamente), si con eso Harriet estaba contenta. Como experto en ironías, no puedo ahora dejar de reconocer el alcance de esta.

Desde el inicio de la parálisis he adelgazado y hoy mis trajes de *tweed* cuelgan flácidos y holgados de mi esmirriado esqueleto. También mi rostro ha cambiado, tal como he comprobado en esos fugaces vistazos que puedo echarle cuando empujan mi silla por delante de algún espejo. Estoy encorvado y cadavérico; mis manos yacen crispadas como garras sobre los brazos del sillón de ruedas y una mirada perdida sale de mis ojos, incrustados en una cabeza huesuda y hundida cuya mandíbula se ha posado permanentemente en la clavícula. Pero en los días a que me refiero mantenía la cabeza bien alta y de mis ojos gris acero saltaban chispas de aguda inteligencia, no menos aguda que las púas de ingenio que afloraban constantemente a mis finos y burlones labios. Tenía una nariz afilada y aquilina (todavía la tengo), una nariz patricia, siempre me lo ha parecido, y por encima de mi despejada y altiva frente mi espeso cabello negro caía de lado con energía lustrosa, ondulada e irrepríblemente rebelde.

Este es pues el aspecto que tenía al entrar con paso decidido al salón esa mañana fatídica del pasado otoño para encontrar a Sidney Gibley apoyado en la repisa de la chimenea con una copa de mi jerez en la mano mientras Harriet y Cleo, que también tomaban jerez, se hallaban repantigadas en sendas butacas y del gramófono salía no sé qué música popular.

—Bueno, ya estás aquí, querido —dijo Harriet—. ¿Te apetece una copita de jerez? Sidney nos ha contado la muerte de Rupert Brooke.

Proferí un resoplido interior. La muerte de Rupert Brooke, aquello era la quintaesencia de Sidney. Entonces vi

al nuevo mayordomo, que estaba en el otro extremo de la habitación, junto al mueble bar, y recuerdo que ya entonces sentí un momentáneo desasosiego. El anciano Dome era tan inútil en su última época que casi siempre teníamos que servirle nosotros a él.

—Tengo entendido que lo asaltó un mosquito y murió como consecuencia de las heridas —dije sarcásticamente.

—Venga, papá —se quejó Cleo—, no seas tan malo.

—Es cierto —intervino Sidney, que evidentemente estaba de un humor adulador y pretendía evitar todo enfrentamiento—. No llegó siquiera a entrar en combate y murió en la cama de una infección.

—De una infección —repitió Cleo tristemente—. El que era tan maniático de la limpieza.

Yo sonreí malévolamente ante tan significativa ironía y Sidney me echó una mirada incómoda. Creo que lo que más me irritaba de Sidney, aparte de su risa estridente y de que fuera vegetariano, era su pipa. Fumaba en una pipa pequeña con un fino cañón rojizo de palo de rosa y una diminuta cazoleta en la que no cabía más que un pellizco o dos de tabaco oloroso (no es invención mía, ¡fumaba tabaco de hierbas!). Ahora se me ocurre que quizá fueran esos mismos remilgos, su fragilidad, lo que atraía a Cleo. Quién no se ha fijado en la frecuencia con que mujeres enérgicas se sienten atraídas por hombres sin carácter. Es un fenómeno que se observa a menudo en la naturaleza, especialmente en los insectos. Sidney llevaba ya semanas revoloteando por las estancias recubiertas de madera oscura de Crook como una mariposa rara y exótica, dejando tras de sí los delicados humos de su pipa y generalmente poniéndose pesadísimo. Me hubiera gustado echarlo, pero por supuesto no podía, pues al parecer Cleo le tenía afecto a la bestezuela.

—Cuéntanos más cosas de la infección de Rupert —dije en el momento en que el nuevo mayordomo aparecía junto a mi codo con una bandeja de plata sobre la cual se alzaba

una microscópica copa de jerez. Y, dirigiéndome al mayordomo, añadí—: Usted debe de ser Fledge.

—Ay, perdona, querido —se excusó Harriet poniéndose en pie—. ¡Qué tonta soy! Claro que es Fledge; y Fledge, este es *sir* Hugo.

El mayordomo hizo una reverencia.

—Bueno, Fledge —dije yo—, va a tener que aprender algunas cosillas sobre el jerez. No se bebe en un dedal. Traígame una copa de jerez, por favor.

Hizo otra reverencia y regresó al mueble bar. Harriet, que claramente pretendía que la irritación que sentía aquel hombre ante la vida fuera más liviana en Crook, se acercó a él y empezó a susurrar, sin duda instruyéndolo sobre las idiosincrasias alcohólicas del señor.

—Es que sé muy poco —declaró Sidney con un suspiro—. Creo que la culpa fue de los médicos; se equivocaron en el diagnóstico o algo por el estilo. Tengo entendido que el final fue muy doloroso.

Eché una mirada a Cleo, que se estremeció teatralmente. Su infantil imaginación la había transportado ya al lecho de muerte del héroe, allá en el bárbaro Egeo. Entonces reapareció Fledge con una copa de jerez como debe ser y, antes de insistir en que se apagara el gramófono, propuse un brindis por los mosquitos de todo el mundo.

Durante el almuerzo Sidney parecía poco dispuesto a seguir hablando de la naturaleza de la infección de Rupert, seguramente por consideración hacia Cleo. Personalmente, yo no estoy de acuerdo con esa táctica; considero que es un error fomentar los melindres de las mujeres. La enfermedad, la infección, la putrefacción, la suciedad, las heces, los gusanos, todo forma parte de la riqueza de la vida, y cualquiera que tenga una verdadera perspectiva científica debería recibir con agrado tales fenómenos como facetas de la naturaleza igual de fascinantes que las águilas doradas, los robles, los grandes valles, etcétera. Y considero que a la familia de un científico en especial no debería permitírsele

discriminar entre la variedad de la naturaleza, de modo que, a fin de poner en práctica este principio, en aquella época tenía por costumbre mandar a buscar a Herbert a la hora del café.

Herbert era un sapo que tenía dentro de una cubeta de cristal en mi estudio. Como le daba bien de comer y no hacía mucho ejercicio, se había vuelto grandísimo. Con todo, yo no lo encontraba monstruoso, ni encontraba nada de repulsivo en la visión de un sapo comiendo gusanos en la mesa. George Lecky, mi jardinero, recogía tales gusanos (producidos por los huevos de la mosca del queso, *Piophil casei*) en la granja de cerdos de Ceck's Bottom. Me echaba unos cuantos en el plato y observaba cómo los devoraba Herbert. Harriet y Cleo hacía tiempo que habían aprendido a pasar por alto este ritual, y Sidney, a quien, aprovechando la oportunidad, solía yo instruir en los hábitos reproductivos y de otra índole de la especie, nunca sabía muy bien a dónde mirar, ni cuánto entusiasmo debía fingir para tenerme contento. He de admitir, sin embargo, que el desagrado que el sapo le producía a Harriet no era del todo infundado. Su padre, el coronel, se llamaba Herbert, y no sin cierta malicia le había sugerido yo en una ocasión que mi animalito guardaba cierta semejanza con el anciano que, por cierto, llamaba la atención por sus verrugas. No sé cómo, y para disgusto de Harriet, se le quedó el nombre.

Así pues, una vez Fledge hubo servido el café, le dije que trajera a Herbert a la mesa.

—¿Cómo dice, señor? —inquirió.

Harriet, evidentemente, no le había hablado de Herbert al explicarle sus deberes para conmigo.

—¡Oh no, Hugo, por favor! —exclamó.

—Querida —repliqué yo—, ¿no le has hablado a Fledge de Herbert? Venga, Fledge —proseguí poniéndome en pie y llevándome a los labios una servilleta blanca almidonada—, le voy a presentar a Herbert.

Fledge recibió pronto las instrucciones referentes al método correcto de extraer a Herbert de su cubeta para traerlo al comedor y, aunque noté que el hombre no les tenía un cariño natural a los sapos, no mostró ni una sombra de desagrado al ejecutar la, para él, repugnante tarea. Herbert se encontró pronto instalado en la mesa, con un plato rebosante de serpenteantes gusanos ante él. Le conté a Sidney que antes se creía que los sapos eran venenosos, pero que la secreción en cuestión no era en realidad sino una especie de baba defensiva muy desagradable para los predadores.

—¿De veras? —dijo Sidney, y depositó su café en la mesa sin probarlo. Fue en ese momento cuando observé por primera vez que el mayordomo tenía los ojos clavados en mí, centelleantes, por debajo de los párpados entrecerrados, con inequívoca hostilidad; pero apenas hube advertido el hecho, apartó la vista y prosiguió sus tareas.

Después de almorzar, regresé al granero y, según recuerdo, disfruté de una tarde bastante buena con la pierna.

Nuestros doctores no comprenden muy bien el cerebro, aunque naturalmente ninguno admite la profundidad de su ignorancia. Prefieren disimular las lagunas de sus conocimientos recurriendo a la jerga, retahílas de verborrea que nunca explican, pocas veces describen y generalmente oscurecen. Por ejemplo: «Las lesiones sufridas en los sectores posteriores de la circunvolución frontal inferior del hemisferio izquierdo del enfermo pueden haber sido la causa de la inhibición de su capacidad para hablar».

Aquí se referían a mi lesionada circunvolución, pero ¿podía explicarme alguno (en caso de que pensarán que valía la pena, que no era así) por qué se salvaban algunas facultades mentales mientras que otras se perdían? ¿Por

qué soy capaz de ver, conocer y evaluar el mundo sin poder levantar un dedo ni parpadear a voluntad? Nodo saben. De hecho, ni siquiera saben que no soy capaz de sentir nada. Solo lo sabe Cleo, y seguramente Fledge.

La conciencia solo se puede inferir del comportamiento, y puesto que yo no producía comportamiento alguno desde mi «accidente cerebral» (sobre el cual ya seguiré hablando a su debido tiempo), a todos los efectos yo era un «vegetal». Nadie me ha llamado así, al menos al alcance de mi oído, pero hay otros modos de decirlo. Recuerdo que hacia el final de mi hospitalización me llevaron en la silla de ruedas ante un grupo de estudiantes de medicina a fin de ilustrar ciertos aspectos de la catalepsia, y un neurólogo llamado Dendrita, que de vez en cuando mostraba cierto interés por mí, observó que me faltaba «presencia mental», que estaba «ontológicamente muerto». Prosiguió describiendo lo que él llamaba el «cuadro clínico» haciendo referencia a mi «parálisis facial aguda», mi «fijeza cataléptica de postura», mi mueca inalterable, mis rechinantes dientes y mi respiración estertorosa, que iba acompañada, según dijo, de una «fonación gutural similar al gruñido de un cerdo». Si bien esta última observación me molestó bastante, no me hirió tanto como la referencia a mi muerte ontológica. Al fin y al cabo, ¿qué tortura podría compararse con una experiencia de aislamiento como la mía? ¿Yo, ontológicamente muerto? Al contrario, a mi modo de ver, yo era la persona más ontológicamente viva de aquella habitación.

Así pues, este es el «yo» que habla: envuelto en un capullo de huesos, me transformo en crisálida detrás de una mirada perdida de lagarto mientras mi cuerpo es consumido lentamente por su propio metabolismo. «Es un hombre digno de compasión, inmóvil y desventurado, de apariencia decrepita y destinado a vegetar durante el resto de sus días». Mi neurólogo en realidad no dijo nunca esto, pero como si lo hubiera dicho. En cuanto al destino, he llegado

a la convicción de que ser grotesco es mi destino. Que un hombre se convierta en vegetal, ¿no es eso grotesco?

Me parece recordar que estaba en el granero la mañana que llegaron los Fledge. En aquella época todavía podía usar el cuerpo, era un hombre activo que hacía un intenso trabajo intelectual, ni tan joven como para dar por sentada mi propia salud y vitalidad, ni tan viejo como para que me preocuparan. Era de mediana edad, un científico de mediana edad, en concreto, paleontólogo, experto en los grandes carnosauros de fines del período mesozoico. Por aquellos días tenía mucho trabajo porque había de dar una conferencia importante en la Royal Society; ello explica en parte que no participara en la contratación de los Fledge. Harriet se ocupó de todo.

Harriet es mi esposa. No voy a fingir que el nuestro ha sido un matrimonio feliz, y ahora que estoy parálítico me entristece lo que desperdiciamos. La culpa es fundamentalmente mía. Harriet cree a los médicos cuando dicen que soy un vegetal; no tiene motivos para pensar lo contrario. No creamos ningún fuerte lazo espiritual, nada que nos permitiera trascender mi parálisis y mantener el contacto. Ello es posible con Cleo, pero no con Harriet. Ella se asegura de que esté debidamente atendido por la señora Fledge pero, excepto en un aspecto importante, su vida no ha cambiado sustancialmente con mi estado; y es que desde el punto de vista de Harriet siempre he sido un parálítico en cierto sentido. Lo que sí ha cambiado es que le interesa otro hombre por primera vez desde que nos casamos. El nuevo hombre de su vida es Fledge.

Como iba diciendo, fue Harriet la que contrató a los Fledge. Se desplazó a Londres para entrevistarlos y regresó muy impresionada. Les respondió afirmativamente en ese mismo momento, cosa que a mí no me pareció nada bien, pues por lo visto tenían problemas con los papeles. Habían

trabajado en Kenia para el dueño de una plantación de café, el cual, por lo visto, fue pisoteado por un buey y murió sin poder darles referencias. Con todo, Harriet estaba segura de que no habría problema alguno. Tenía esa intuición, según decía. Y puesto que los salarios del servicio salen de su dinero y no del mío, yo me limité a hacer constar mi objeción y lo dejé así.

Pensándolo ahora, esto me parece bastante típico de mi participación en el gobierno de la casa: de vez en cuando hacía constar una objeción y lo dejaba así. Es que llevaba tanto tiempo dedicado a mis huesos que se me habían olvidado todos los detalles domésticos que constituían la base, por así decirlo, de mi existencia. Comía, bebía y dormía en casa, pero mi pasión, mi vitalidad, la ejercitaba solo en el granero. En el granero vivía, en casa simplemente existía. Eso no quiere decir que me inhiba de toda responsabilidad respecto de lo que ocurrió después.

Al contrario, fue una negligencia por mi parte, ahora me doy cuenta, dar a Harriet carta blanca para que trajera a casa a quien le pareciera conveniente. Sin embargo, debo decir en mi defensa que nunca había tenido motivos para dudar de su buen juicio; con los Dome nunca tuvimos ningún problema.

Así pues, yo estaba en el granero cuando llegaron los Fledge, pero me imagino perfectamente lo que ocurrió: Harriet salió a la puerta principal y exclamó: «¡Señor y señora Fledge!». Seguidamente extendió los brazos en un breve gesto ceremonial de bienvenida. Suele hacerlo, suele saludar a las visitas de una manera que implica que con su llegada todo está, por fin, en orden. Es un rasgo encantador, una de tantas manifestaciones de la «cordialidad» de Harriet. Quizá debería mencionar que Harriet es bajita y regordeta y tiene cincuenta años; viste pulcros y elegantes trajes de *tweed* y su mayor gloria es una magnífica cabellera cobriza que enrosca en un moño en la parte posterior del cráneo y sujeta con una especie de aguja de hacer punto. Tie-

ne una inmaculada piel rosada y unos dientecitos como de hámster. Cleo no ha salido en nada a Harriet; es una verdadera Coal, ha salido a mí.

¿Se detecta aquí cierta amargura? ¿Se está revelando la rabia contenida que hierve constantemente a fuego lento en este moribundo corazón mío? No puedo negarlo; si Harriet no hubiera perdido facultades, si su intuición no se hubiera visto mermada mucho tiempo antes por una apremiante necesidad de observar lo que ella llama «la corrección», no hubiera traído jamás a ese diabólico individuo bajo mi techo y yo no estaría hoy en esta silla de ruedas. Pero esto es agua pasada. No es mi intención lamentarme, simplemente pretendo describir lo que he sufrido en manos de un criado vil y una esposa desleal. Quizá, una vez leído lo que tengo que decir, me haga merecedor de cierta compasión, o quizá no. Da lo mismo; cuando termine el relato estaré muerto.

Así pues, ya he hablado de lo que hizo Harriet en la puerta esa mañana del otoño pasado, pero ¿qué tipo de espectáculo presentaban los Fledge, allí de pie con sus largos abrigos oscuros entre sus maletas negras? Voy a contestar: parecían un par de raquíticos árboles desnudos.

Describir a Fledge resulta difícil. Está envuelto en una neblina de indeterminación. Lleva tanto tiempo ocultando sus verdaderos sentimientos, que si queda en su interior algún núcleo de autenticidad es imperceptible a simple vista. Naturalmente, es un hombre pulcro, más bien impecable, como debe ser un mayordomo. Delgado, de estatura ligeramente superior a la media, con el cabello castaño rojizo peinado hacia atrás con gomina en un elegante ángulo a partir de un pico que marca el centro de su frente: podría ser cualquier cosa; pero la presencia a su lado de la señora Fledge (Doris) lo sitúa y define, pues Doris es inequívocamente una criada. Igual de alta que su marido (lo cual quiere decir que me pasa toda la cabeza), flaca como un palillo, de rostro afilado y angustiado y con el cabello negro retira-

do del rostro y surcado por hebras gris metálico, todo su ser está indeleblemente marcado con el cuño de las faenas domésticas. Tiene la nariz prominente y corva y los ojos muy oscuros; el iris y la pupila son tan negros que parecen fundidos en un único círculo dotado de una diminuta punta de alfiler luminosa en el centro. Esos ojos negros confieren a su rostro una cualidad opaca, como de pájaro, y aunque la simplicidad de la naturaleza femenina enseguida se hace patente, a primera vista recuerda un gran cuervo, un ser que jamás parpadea, ajeno a los asuntos humanos, un córvido transmigrado en una forma de mujer. Solo la punta de la nariz, animada por una red de venillas rotas, proporciona color y humanidad a su rostro. Así aparecieron pues el profanador de tumbas y el cuervo, y en un instante atravesaron el umbral y se encontraron bajo mi techo.

Se me ocurre ahora que quizá alguien se pregunte para qué necesitábamos mayordomo, de modo que tal vez debería explicar que, para Harriet, ello formaba una parte indispensable de «observar la corrección», pues se creció en la creencia de que una casa no era una casa sin algún tipo de criado masculino. No es que sea una esnob, pero asimiló de una forma tan completa los puntos de vista de su padre, el coronel, que en algunos aspectos le resulta imposible adaptarse a los cambios sociales y económicos. La incapacidad para adaptarse, le decía yo, conduce a la extinción; pero a ella le daba igual. «Bueno, pues si nos morimos —replicaba alegremente—, al menos que nos muramos cómodamente». De ahí el mayordomo. Siempre hemos tenido mayordomo, pero el último, un antiquísimo fósil llamado Dome, murió de vejez el verano pasado, y su esposa lo siguió a la tumba antes de que hubieran pasado quince días.

Harriet debió entonces de acompañarlos por el vestíbulo hasta la parte de atrás de la casa, donde se encuentran sus dependencias, una habitación grande de techo bajo, a la que se llega tras recorrer un oscuro pasillo embaldosado,